

La comunidad: ethos, ante la biotecnología

Juan María Parent

Profesor de la Universidad Autónoma del Estado de México.

Es una formulación bien conocida y asimilada la que Mounier expresa cuando habla de su revolución que debe ser personalista y comunitaria. ¿Qué es la comunidad, expresado en tan pocas palabras, para él? «Descen- trar nuestro universo, endurecido por los lenguajes impersonales de la ciencia, del derecho, de la utilidad y hasta del individualismo, es dejar de pensar las relaciones entre los hombres, de cualquier modo que sea, como imagen de las relaciones entre las cosas (...) El amor no es intercambio, sino reciprocidad gratuita, la sociedad no es contrato, sino compromiso viviente, la comunidad no es equilibrio y armonía, sino concurrencia dramática y generosa».¹ El concepto de comunidad tiene una historia larga porque pertenece al género humano. El cristianismo lo ha adoptado, lo ha colocado como eje de su existencia, lo ha consagrado en sus ritos y en su moral.

Una pregunta que encierra la referencia a la comunidad surge ante lo que podemos vislumbrar cuando hablamos de ella y lo que está ocurriendo hoy con los avances de la tecnología y de la biotecnología en particular. Acercar estos términos provoca ciertamente una duda. Trataremos de aclarar de qué se trata.

Por lo pronto regreso a una frase de Mounier que dice: «Estamos en un mundo de fuerzas y en una situación que nos acorrala. Nuestros esfuerzos y nuestros primeras construcciones corren el riesgo de ser llevadas mañana por un mundo hostil contra el que nos levantamos».² Esta frase se ubica en un capítulo que intitulaba: La acción de protección.

Ante la presión que ejerce sobre todos nosotros el llamado progreso tecnológico es interesante y tal vez imprescindible tomar como guía la

idea de que necesitamos una protección. «El hombre real está parcelado en algunas de estas nuevas manipulaciones de lo humano (empleo de gametos de terceros donadores, experimentación sobre el embrión, don de embriones, maternidad para otra, etc.). Se hace un ser divisible, recombinable o indiferenciado».³ La dignidad y la libertad del ser humano sufren ataques feroces por parte de la sociedad tecnocrática. Todo el mensaje personalista nos indica la necesidad de la comunión con el otro para el desarrollo del ser humano. Las fuerzas que nos llevan por otro camino, más allá de este progreso meramente material que implica, desgraciadamente, la pérdida de la libertad en muchos casos, nos obliga a reunirnos para oponer un frente común donde la resistencia sea posible y donde, aun cuando no podamos cambiar este medio, logremos sobrevivir. Esta posición puede parecer pesimista y tal vez lo sea, pero debe reconocerse que la presencia sin control en este momento de la biotecnología que gobernará el siglo XXI es para preocuparnos. La violación de los derechos de la persona y su destrucción como ser pensante y libre puede notarse en cada novedad que estas técnicas nos aportan. «El cuerpo de la mujer ha sido expropiado, fragmentado y disecado como materia prima o proveyendo 'laboratorios vivos' (...) para la producción tecnológica de seres humanos».⁴ El problema reside en la omnipresencia de la técnica. Nuestras vidas están tocadas por ella cada vez más y para defenderse nos encontramos ante el anonimato de quien (si existe) dirige el proceso.⁵

Mounier nos dice que el esfuerzo para nuestra realización se da en y con la comunidad. Víctor Frankl también apunta: «La comunidad puede ser también la meta hacia la que se encamina la existencia».⁶ Y Guitton: «La sociedad está hecha en apariencia de individuos iguales como son las uni-

dades, los elementos. La comunidad es la relación de amor entre las personas, tan diferentes e irreductibles como los colores. Unir a las "personas" en las "comunidades"; tal es en efecto el ideal de toda sociedad verdaderamente humana».⁷ En los años en que Mounier escribía estas líneas la idea comunitaria en su versión moderna no se había precisado y sólo, por lo menos en el medio católico o cristiano, se conocían las comunidades religiosas. El ejemplo de estas comunidades, de todos modos es importante porque su misión es precisamente sostener dentro de la Iglesia el principio del amor vivido estructuralmente en la constitución de nuevas relaciones interpersonales. Su misión es también hacer presente la comunión de los santos como referencia central en nuestra teología y en nuestra pastoral.

La exigencia de vida comunitaria empieza desde la fundación de la Iglesia donde las comunidades primitivas, a continuación del Qahal del Antiguo Testamento, se establecieron con un compromiso total (ver Hechos, 2, 42-44). Los cristianos llamados primitivos pretendían responder así a lo dicho por Cristo donde nos indica que debemos ser uno: «que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros».⁸ La comunidad es, así, no una meta utópica, sino una exigencia integral del cristianismo que Mounier reconoció también desde el ángulo filosófico en su antropología. Por otra parte, esta exigencia es tal que la Iglesia nos obliga (mandamiento) a reunirnos en ella por lo menos una vez al año y participar de la «comunión» (pongo las comillas porque significa aquí dos realidades: eucaristía y vida común). Si no se da este mínimo de vida comunitaria puede afirmarse que no hay vida cristiana.

Para los que desean avanzar más en el proceso de santificación que es la realización humana más completa, la

Iglesia demanda la vida comunitaria de la Eucaristía semanal. Finalmente queda el ejemplo de los que vigilan, no duermen,⁹ son los religiosos que viven permanentemente en comunidad.

La comunidad por su ejemplo anuncia un modo de vivir que quienquiera pueda reproducir para sí y con los demás. En la comunidad los cambios sociales no deben esperar. Las actividades que se llevan a cabo afectan positivamente no sólo a los beneficiarios, educandos por ejemplo, sino a los actores. El trabajo, al haber cambiado su finalidad, afecta a quienes lo realizan, pero también a quienes entran en contacto con él: los compradores, los que disfrutan de sus logros. También en su negación en participar en las actividades de la sociedad como es la producción vana e inútil, los juegos enajenantes del dinero, las guerras, pone en entredicho sus «éxitos» y plantea sus errores.

La posguerra aportó tanto la reflexión como la práctica de la comunidad. Los hippies en los Estados Unidos y las comunidades eclesiales en el Continente europeo han sido las muestras de lo que puede hacerse.

Nacieron así, por una parte, la noción y la práctica de la comunidad laica que también se llamó Comuna (ejemplo la K2 en Berlín o Twin Oaks¹⁰ en el Estado de Virginia) y la comunidad cristiana.

Mounier se habría acercado a estas realizaciones de su proyecto filosófico. De alguna forma los encuentros en *Les Murs Blancs* de Malabry es una modalidad de vida comunitaria. Las comunidades de fe responden al contenido de la ética personalista. Nos hacemos personas en el retorno sobre nosotros mismos, en la toma de conciencia de lo que somos; pero este retorno no es el resultado de una meditación solitaria sino del contacto, la vivencia, el amor que profesamos hacia el otro y hacia los otros. «Ni los individuos, ni los grupos están a gusto

en el individualismo solipsista o en el colectivo totalitario, esperan constantemente a ser otros, a ser yo que no deben protegerse siempre de los otros, a ser “nosotros” que no descansan sobre mecanismos regresivos de identificación, a los jefes y la negación de sí mismos».¹¹

La vida comunitaria entonces es la ocasión de un desarrollo de cada persona que así fortalecida puede lanzarse en un mundo donde los valores de la fraternidad han sido desplazados a favor del egoísmo y del individualismo fundamentalmente basado en la competencia entendida como «carrera» en contra del otro. Los biotecnólogos que utilizan a las personas como materia prima, por ejemplo, en la consecución de genes en seres humanos más frágiles (indígenas), logran su objetivo porque, débiles en nuestra soledad, no somos capaces de oponer un frente que defienda y proteja otros valores. Bien dice el encabezado del capítulo de Mounier citado: La acción de protección.

La vida comunitaria se muestra así en dos dimensiones: la protección de los que en ella se reúnen (¡cuidado con el defecto de reunirse sólo para no estar solo!, eso no es comunidad) y el desarrollo personal que nos permita afrontar las responsabilidades de ser plenamente humano. «La comunidad es el grupo en el que puedo depender de mis compañeros que me soportan; es parcialmente la fuente de valor físico, en esto que sé que dependo de otros y que está garantizado que ellos también dependen de mí».¹²

En la práctica ¿cómo serán o podrían ser las comunidades hoy?

En una asesoría de tesis de filosofía sobre Mounier, un alumno me mostraba sus inquietudes y su desorientación ante la meta de ser comunitarios como lo estipula Mounier. ¿Cómo lograr una comunidad para todos o para muchos? La respuesta se encuentra, a mi parecer, en la noción de comunidad misma.

Debe distinguirse de la familia porque en ella nos encontramos sin que nuestra voluntad haya elegido. Podemos confirmar nuestro amor permanentemente entre los miembros de la familia, pero su origen no es comunitario. La familia alveolar es el resultado de la reducción de la familia tribal. El efecto más importante es que sus miembros dan privilegio a los valores afectivos sin las bases de las funciones vividas comunitariamente. «Ya no se quiere (ama) porque se vive juntos, sino que se vive juntos porque se quiere (ama) (...) La persona no es la emergencia de la pertenencia a una comunidad de la que es indisociable».¹³ La comunidad se constituye por la voluntad de sus miembros de estar juntos y de luchar juntos para la realización personal y del evangelio, no lo olvidemos.

La comunidad siempre será relativamente pequeña porque las relaciones deben seguir siendo personales. «La comunidad puede ser definida simplemente como un grupo en el que la libre conversación puede darse. La comunidad es ahí donde pueda compartir mis pensamientos más interiores, sacar a flote la profundidad de mis propios sentimientos y saber que serán comprendidos».¹⁴ Mounier plantea la comunidad de una manera global como un espíritu de convivencia, pero la práctica de los últimos cincuenta años en esta materia (hoy, siguen en pie las llamadas comunidades de base, especialmente en Brasil en el continente americano) nos enseña que un número grande de personas fácilmente se transforma en una masa donde reina la irresponsabilidad.

Las posibles fórmulas comunitarias pueden ser el encuentro decidido de varias parejas algunas horas por semana con el fin de intercambiar puntos de vista por ejemplo sobre la educación de los hijos y compartir la responsabilidad de la educación. Puede ser para debatir sobre problemas so-



ciales que nos afectan y sobre los cuales podemos influir para dar solución humana. Pasará luego o desde sus inicios a la acción. No imaginamos una comunidad personalista que sólo fuera de intercambios verbales.

Es aquí donde empieza a intervenir el problema planteado inicialmente: el respeto a las personas, el amor mutuo, el interés común nos hacen más fuertes ante los embates de la tecnología que invade nuestra intimidad. Todos juntos somos capaces de elaborar una solución humana a los problemas que uno o varios miembros enfrentan. Mounier habla de una revolución; preguntémosnos ¿hacia dónde? Muchos incluyen en su nuevo proyecto la aceptación o la asimilación de la técnica. Esto es un problema. No se trata sólo de «hacer un buen uso de ella» contiene en sí un mal mayor. «La técnica supone la destribilización y la ruptura de la democracia tribal, el «comunismo primitivo». Se pierde la familiaridad, la intimidad con los objetos fabricados así como la intimidad, el calor humano».¹⁵ Esta primera «comunidad» ya es una realización del objetivo de la personalización. Es poco, pero en muchos casos es lo único posible.

Avanzando hacia un mayor compromiso de grupo, podemos imaginar la convivencia en periodos más largos: fines de semana comunes donde, de nuevo, se comparte más que las palabras: hay que comer y eso implica responsabilidades compartidas, posiblemente hay que orar y cantar y somos más uno haciéndolo así.

Cuando el tiempo de reunión es de mayor duración puede incluirse más fácilmente un programa de acciones sobre la sociedad. Educación a la liberación personal de los visitantes o de los que conquistamos con el ejemplo, demanda social a las autoridades civiles del lugar donde se busca una visión distinta de la civilidad, acción directa a la manera de las acciones no-violentas,¹⁶ son opciones que surgen

cuando la comunidad empieza a ser más fuerte.

Finalmente no se descarta la posibilidad aun vigente después de los fracasos de muchas comunas de los años sesenta y setenta del siglo pasado, de la convivencia plena y permanente de todos. Este ideal, que lo es, es ciertamente el más difícil de alcanzar porque nuestra formación egoísta no nos permite compartir plenamente todo lo que somos con los otros. Un trabajo arduo de transformación personal en la convivencia será preciso para caminar hacia la realización del objetivo final. Una nueva empresa con estas características exige siempre «cierta conscientización, al menos en los que inician. Esto supone cierta cultura espiritual. (...) la homogeneidad en la

mentalidad de los miembros es muy importante. Tiene su influencia sobre la motivación y las conductas prácticas de cada día».¹⁷

«Un personalismo comunitario explícito y coherente», es decir la vida comunitaria real «daría a la vida y al pensamiento cristiano en el mundo actual un máximo de probabilidades de desarrollo, de vigor y de armonía», afirmaba Albert Bastenier en una conferencia sobre la actualidad del personalismo. El personalismo pretende inspirar un nuevo concepto de civilización contra el mundo burgués, válido hoy como cuando Mounier escribía lo que leemos hoy. Esta civilización no se deja impregnar por la ideología que transporta los avances biotecnológicos, porque su concepto de progreso se centra sobre la persona no sobre bienes materiales. La protección que aquí se ha sugerido se establece en las relaciones comunitarias.

Notas

1. Emmanuel Mounier, *Communisme, anarchie et personnalisme*, Paris, Le Seuil, 1966, págs. 54-55.
2. Emmanuel Mounier, *Refaire la Renaissance*, Paris, Le Seuil, 1961, p. 281.
3. Roberto Andorno, *La distinction juridique entre les personnes et les choses*, Paris, LGDJ, 1996, xxii, p. 55.
4. Judy Wajcman, *Feminism confronts technology*, Pennsylvania University Press, 1996, p. 59.
5. Cfr. Roberto Andorno, *op. cit.*, págs. 109-110.
6. Victor Frankl, *Psicoanálisis y existencialismo; de la psicoterapia a la logoterapia*, México, FCE, 1978, 2.ª ed., págs. 184-185.
7. Jean Guilton, «Mounier avant Mounier», en *Bulletin des Amis d' Emmanuel Mounier*, núm. 83, marzo 1995, p. 26.
8. Jn 17, 21.
9. Sal 121 (129), 4.
10. Twin Oaks, por ejemplo, define la comunidad como «un centro relativamente pequeño y aislado cuya población es estable y en la cual los servicios económicos y sociales necesarios a la vida puedan ser mantenidos». No comparto lo del aislamiento, pero sí cierta o mucha protección contra el «ruido» exterior.
11. J.M. Vincent, *Critique du travail; le faire et l'agir*, Paris, PUF, 1987, p. 44.
12. Rollo May, *Power and innocence, a Search for the sources of violence*, New York, Norton, 1972, págs. 247-248.
13. B. Delplanque, o.p. «La personne et la communauté», en *Le supplément*, núm. 98, sept. 1971, p. 265.
14. Rollo May, *op. cit.*, págs. 247-248.
15. Thierry Sallantin, «La revolución ¿para qué?», en *Courrier Communautaire International*, núm. 6, nov.-dic. 1976, p. 25.
16. Una comunidad de larga historia es El Arca de Lanza del Vasto que tiene, precisamente, por modelo de acción el recurso a las estrategias y a las prácticas de la acción no-violenta al estilo gandhiano con todas las mejoras que la experiencia ha aportado. La correlación entre vida comunitaria y acción no-violenta.
17. Ton Nuij, «Las nuevas formas de comunidad», en *Courrier Communautaire International*, nov.-dic. 1971, p. 16.